

Dos Religiosos Humanistas

Por Lucio Pabón Núñez

Cuando el 17 de octubre de 1933 el Padre Félix Restrepo, S. J., entró en la corporación a ocupar el sillón que había sido de Marco Fidel Suárez, le dio el ritual saludo de bienvenida Don José Joaquín Casas, quien lo primero que hizo, fue recordar cómo, siendo rector del Colegio Nacional de San Luis, de Zipaquirá, hacia finales del siglo pasado, su amigo Marco Fidel Suárez le recomendó recibir como alumno al niño Félix Restrepo, hijo de un insigne jurista e historiador, muy vinculado por la amistad a Suárez. Pasados unos años de esta solicitud, que no tuvo la debida culminación por haberse decidido el recomendado a ingresar en la Compañía de Jesús, y cuando éste publicó su **Diseño de Semántica General**, obra justamente apreciada en los medios científicos de Europa y América, el mismo glorioso escritor de Hatoviejo dio el fervoroso espaldarazo a su antiguo protegido. Y no fueron éstas las únicas palabras laudatorias de Suárez para Restrepo.

En diversas oportunidades, sobre todo al cumplirse el primer centenario natalicio de Don Marco Fidel, el Padre Restrepo le dedicó hondos estudios críticos, en que el rigor de la investigación anduvo bien acompañado del merecido afecto. "El oro en el crisol o la tragedia de Marco Fidel Suárez", "Marco Fidel Suárez o la fuerza del espíritu", "Marco Fidel Suárez hombre de Cristo", son los títulos de algunos de los mejores ensayos de Restrepo sobre la compleja personalidad de su paisano.

Con motivo de esta misma oportunidad centenaria, escribió uno de los más completos trabajos sobre Suárez como estadista, escritor y cristiano, nuestro nuevo colega, el Reverendo Padre Mesa. Ya antes le había dedicado el romance "Un estrellero de Santa Fe de Bogotá", relativo a aquel conocido deseo del presidente Suárez de hacerse fabricar un telescopio que le permitiera en las madrugadas hallar "la estre-

NOTA.— Discurso leído en la recepción del R. P. Carlos E. Mesa, C.M.F., como miembro de número, en la Academia Colombiana de la Lengua, el 18 de noviembre.

lita cuya luz cae a plomo sobre una sepultura que me rompe el corazón”.

En cuanto al enlace del Padre Restrepo con el nuevo académico, además de la admirabilísima semblanza con que éste nos acaba de embelesar, existen muchas páginas, como las de su nutrida correspondencia, en que aparecen estrechamente unidos por la fe en Dios y por la fe en las Humanidades, que, en último término, es una derivación de la primera.

Mas no está todo dicho en este campo. Mirad, cómo se abren y se alargan los caminos del Señor! En aquellos preciosos **“Diálogos en otros mundos”**, publicados en 1936 en forma de libro, después que habían sido dados a conocer desde las columnas de la **Revista Javeriana**, creada como tantas excelsas obras por Restrepo, inserta éste una de esas realmente estelares conversaciones, en que aparecen con su inspiración y su esperanza estos tres personajes: Luciano, seudónimo de Suárez; Lope nombre literario de Restrepo; y Carlos, que es este mismísimo recipiendario, por aquel entonces estudiante de filosofía en el Colegio Claretiano de El Cedro, Zipaquirá. Un poema a Belisario Peña, por Mesa, incluye Restrepo en ese **“Diálogo del Beato Claret”**. Tanto Don Marco Fidel como el jesuita alaban las aficiones filológicas y literarias del joven cordimariano; y éste dialoga, con respeto mas cautivadora elegancia, con aquellos sus eximios y amados coterráneos y maestros.

Así que, señores académicos, habéis interpretado bien el querer o el vaticinio de Suárez y Restrepo, al llamar a Mesa a ocupar el sillón que ellos enaltecieron con su virtud y su sabiduría.

Fue en la Revista Bolívar, dirigida en sus días de gloria (de 1951 a 1955) por Rafael Maya, donde empecé a conocer al escritor Carlos E. Mesa. En 1956 se publicó en Bogotá una colección de escritos suyos bajo el título de **“Ensayos y Semblanzas”**, en que se muestra plenamente el humanista bien formado, el prosador claro y conceptuoso, el crítico con ojos de zahorí y criterio personal. Hay allí páginas como las consagradas al **Persiles** que son un modelo en la materia. Como yo observa el ilustrado prologuista, Angel Martín Sarmiento, de ese trabajo dijo nuestro meritorio y querido colega R. P. José J. Ortega Torres, que “fue el mejor estudio publicado con motivo del centenario de Cervantes en 1947”. En **“Historia de la Literatura Española e Hispano-americana”** (Madrid, 1960), de los profesores Emiliano Díez-Echeverri y José María Roca Franquesa, es citado este ensayo de Mesa dentro de la bibliografía correspondiente a **“Los trabajos de Persiles y Sigismunda”**.

En 1957 llegué a Madrid, España, y comencé mi personal amistad con el Padre Mesa. Con ese ejemplar de sacrificios, ciencia y santidad, llamado Juan Manuel González Arbeláez, muchas y jamás olvidables veces nos reunimos a recordar la patria, a dialogar sobre cuestiones sociales y literarias, a tratar sobre todos esos menudos y graves temas que suelen abordar los amigos entrañables, sin esguinces de vocablos ni reticencias conceptuales.

Así fui conociendo nuevas facetas de este académico; por ejemplo, la de su numen. Con mediación del Arzobispo González Arbeláez, y tras mi fatigadora insistencia, obtuve que Mesa me diera a conocer su libro **“De mi lámpara tenue”**, publicado en Madrid en 1949, con un prólogo en verso de José María Pemán, y además me prestara un manojo inédito de nuevas poesías, que al fin hizo público el año pasado en Medellín **“Río y tarde van viajando”**. Me engolosiné con las estrofas de mi compatriota, y me atreví a escribirles un comentario, recogido en mi libro **“La linterna y el búho”**, editado en la capital española en 1962. Antes de decidirme a esto, reuní en mi casa a Monseñor González, al Padre Mesa y a otros amigos, como los poetas Luis Rosales, hoy numerario de la Real Academia Española, y Leopoldo Panero, camarada del alma y uno de los más altos valores poéticos de la España contemporánea, muerto en la plenitud de la inspiración y la actividad. Les leí mis anotaciones; y más tarde, en diálogo separado con cada uno de los asistentes, excluída —claro está!— mi “víctima”, tuve la satisfacción de recibir una franca y calurosa refrendación a mi elevado concepto sobre las calidades estéticas de Mesa.

En el Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid, oí alguna vez, dentro de espontáneo aplaudir, recitar a nuestro colega. Los oyentes pertenecían en su gran parte a grupos de jóvenes poetas, periodistas y estudiantes. Y en varias otras ocasiones pude comprobar cómo en la Península es apreciado Carlos E. Mesa, dentro de los más depurados cenáculos literarios, por todos los aspectos de su poliédrica personalidad.

Otro recuerdo de mis fraternales contactos en España con el recipiendario se vincula al cumplimiento de una misión que nos confió esta Academia: la de tratar con las autoridades de Campo de Criptana acerca de la posibilidad de reedificar uno de los molinos de viento que, en la lírica imaginación de Don Alonso, se alzaron como “treinta o pocos más desaforados gigantes”. Pese al delicioso vino con que nos agasajó el alcalde de aquel pueblo ensoñador y al erudito y convincente informe del Padre Mesa, aun sigue Colombia sin su molino allí, en donde Chile, la Argentina, el Perú y otros pueblos hermanos, por tal medio, han contribuido con generoso esplendor a levantar un original monumento a Don Miguel de Cervantes, máxima garantía de la unidad de nuestra lengua.

He traído a cuento tales memorias, para explicaros por qué Mesa me eligió para darle en nombre de este colegio la bienllegada. Es sencillamente, amigos, por esta inagotable amistad por lo que ahora, con el Pastor de la **Egloga IX** y **arrimado** a Miguel Antonio Caro, tengo que confesar:

Y entre cisnes que entonan dulce canto,
ánade inducto mi clamor levanto.

Y antes de proseguir, unos escuetos datos biográficos sobre nuestro nuevo compañero.

Nació el 25 de abril de 1915 en Pueblo Rico, Antioquia. Sus padres y abuelos, típicos creadores de la patria, por la heroicidad en

abatir selvas y abrir surcos, por la pureza de la doctrina, por la entereza del carácter, por el vuelo de la inteligencia, por la afición a las letras. El abuelo materno, Don Ismael, después de cuidar de sus haciendas, se entregaba a la lectura de libros como el Quijote o a poner en rimas sus cristianos sentires. El vivido Evangelio de su estirpe ha dado una flor de santidad: la de Jesús Aníbal Gómez, tío del Padre Mesa Gómez, sacrificado en Fernán Caballero, en 1936, cuando la última guerra civil española, con otros catorce compañeros claretianos. El respectivo proceso de beatificación, debidamente concluído, se encuentra ya en el Vaticano para la decisión final.

Ha correspondido al recipiendario escribir la biografía de su bienaventurado pariente, publicada en su primera edición, en Madrid, en 1950: **“Jesús Aníbal Gómez, mártir de Cristo”** (246 páginas), obra que, remodelada, apareció de nuevo en la misma ciudad, en 1964, con el nombre de **“Jesús Aníbal, testigo de sangre”** (340 páginas). Entre otras condiciones, tiene este volumen para nosotros la de informarnos, en una prosa fúlgida, del ambiente en que transcurrió la infancia del Padre Mesa. Veamos unas líneas: “La niñez de uno se fugó también sobre esta aldea tan querida como lejana. Y la primera imagen que al evocarla se le pinta en la niebla de los recuerdos confusos y ya borrosos es la de sus indefinibles tardes tropicales. Aquel cielo alto, hondo, azul, penetrado todo de una difusa lumbre de oro. Aquel sol decadente y templado que ya no hiere la vista y alcanza a ruborizar unos vellores de nubes que vagan sobre las cumbres esfumadas, más allá del Cauca”. En este libro, como en algunos de sus poemas, encontramos que en un espacio de trabajo, música, jardines, estrellas y estricta práctica de los divinos mandamientos, glorificado por ese cielo cuya descripción acabamos de oír (“alto”, “hondo”, “azul”, con “lumbre de oro”), nació a la vida del mundo, así como a la de la religión y el arte, este fino hidalgo antioqueño, este paulino misionero, este delicado poeta y este noble escultor de la prosa.

De esas tierras idílicas se vino a Bosa, Cundinamarca, en donde cursó humanidades; de allí pasó a Zipaquirá, según arriba se anotó, a estudiar filosofía; la teología la hizo en Albano-Iziale, cerca de Roma (Italia), en donde se ordenó de sacerdote el 14 de julio de 1940. Dos años permaneció en la Curia generalicia de su Orden, los que aprovechó para adelantar algunas investigaciones en el Archivo de la Embajada Española ante la Santa Sede. En seguida fue destinado a catedrático en España. De 1944 a 1964 laboró en la Casa de Escritores Claretianos de Madrid, de donde fue enviado a Medellín, Colombia, al constituirse la segunda Provincia Cordimariana de nuestra patria: la de Occidente, de la que es hoy consultor y secretario.

Con sus notables dotes naturales de inteligencia y sensibilidad, tan bien desarrolladas por la disciplina humanística que caracteriza a su Orden, era lógico que Mesa fuera entregado preferentemente a las labores literarias, las que ha cumplido con desbordada y enaltecedora acción; pero sin desvío del apostolado, como corresponde a un fiel hijo de

Antonio María Claret. La última vez que visité a Medellín, a principios de este año, fui a ver a mi amigo, a su convento, y me encontré con que se hallaba por Centroamérica en una correría misional. En España, además de los otros oficios de su ministerio, atendía con frecuencia la prédica de ejercicios espirituales y las conferencias para jóvenes estudiantes. Soy testigo de sus preocupaciones por servir a los débiles, y sobre todo de sus esfuerzos para asistir económica y espiritualmente a nuestros compatriotas en Madrid.

A este aspecto sacerdotal, vinculó singularmente su hermoso libro **“Consignas y sugerencias para militantes de Cristo, (Madrid 1950)**, conjunto de diáfanos y elevadoras meditaciones, escritas sobre todo para muchachos, y de las que dijo con razón su prologuista, el Arzobispo González Arbeláez: “Con una habilidad muy suya, da a los viejos temas un aire primaveral, que invita a no dejar el libro de las manos. De ahí el renovado interés que incita a leer cada página, en que la gente moza madura el alma y las personas mayores sienten remozarse su espíritu con rocío suave de pentrante doctrina”.

Es una lástima que Mesa no hay vuelto a cultivar la novela, el cuento y el drama, de los que nos entregó ejemplos que merecieron la alabanza de crítico tan exigente como el ya citado Angel Martín Sarmiento: **“Según las manos que labran”** (drama, Madrid, 1954); **“El almirante ajusticiado** (drama, Madrid, 1954), **“La noche de Belén”**, y **“Dios se hizo hombre”** (cuadros bíblicos, Madrid, 1959), y **“Luces en la noche** (una novela y doce relatos misionales, Madrid, 1954).

Aunque ya dije algo acerca de la poesía de nuestro buen amigo, debo añadir que sobresale por la finura del sentimiento y la muy moderna y correctísima expresión verbal. Aunque posee una destacada personalidad muy propia, sus raíces se encuentran fácilmente en la Biblia y en los clásicos latinos y españoles. Si es cierto que sin inspiración no puede haber poesía auténtica, también lo es que sin ansia de perfección no se produce nada perdurable. Flaubert solía decir que “la inspiración consiste en sentarse ante el escritorio todos los días a la misma hora”, tratando así de rebatir la creencia romántica de que la “Musa” era lo que decidía de todo y no en acuerdo con el esfuerzo personal. Cuando uno recuerda la tan examinada sentencia de Horacio **“Vos exemplaria Graeca nocturna versate manu, versate diurna”**, pueden hoy muchos de los ultramodernísimos genios alzar desdeñosamente los hombros y, creyendo destacarse como descubridores, repetir las falsas ingeniosidades de Lope de Vega: **“Y cuando he de escribir una comedia, encierro los preceptos con seis llaves”**. A lo que hay que contraponer una opinión tan insospechable de arcaísmo como nutrida de verdad, la de André Gide: **“Tout grand artiste est d’abord un bon ouvrier”**.

El estudio de los modelos eternos, sobre todo de Horacio, de Fray Luis de León, de Carducci, de Costa y Lobera, de Machado y de muchos otros, tanto de la antigüedad como de nuestros tiempos, ha dado a Mesa, claro que con los destellos de su numen, signos de poeta impecadero.

Uno de sus más constantes maestros es el de Belmonte y Salamanca, no solo en la forma, sino también en esa aspiración a vivir en

donde solo se oye la música de la creación en loa de la Divinidad. En alguna de sus estrofas exclama Mesa: "Tu música, Fray Luis, siempre en mi alma". Aquí tenemos otro tema trascendente en poética, que hoy recibe el agravio de los sordos de cuerpo y más que todo de alma: el de la melodía. Se burlan algunos del precepto de Verlaine: "De la musique avant toute chose". Y qué, además del sentimiento, es lo que da, como quería Horacio, más perennidad que la del bronce a los versos, sino aquellas armonías que tan bellamente expresó el Padre Mesa en su poema "**Serenatas**", recordando la Egloga virgiliana: "Quid, quae te pura solum sub nocte canentem audieram? Numeros mimini, si verba tenerem", que Caro vertió así:

Recordarás los versos por ventura
que en noche clara y pura
te oí a solas cantar? La letra olvido;
suéñanme aún las notas al oído...

Como crítico, nuestro admirado recipiendario, fuera del ya nombrado volumen de "**Ensayos y Semblanzas**", ha publicado en revistas y periódicos de España y América trabajos que, al ser colectados, formarían más de seis volúmenes de paginación muy apreciable. Las postre-ras producciones que he leído de él sobre estos asuntos son "**El sentido religioso en la poesía española contemporánea**", publicada este año, en Medellín, dentro de la difundida colección "**Rojo y Negro**" de la Universidad Pontificia Bolivariana; y "**La poesía española contemporánea**", sacada a luz en el N^o 100 de la revista trimestral de la misma Universidad.

Por estos trigales, anda Carlos Eduardo Mesa a lo maestro. Su penetración es tan profunda, su comprensión tan cabal, su lógica tan fuertemente encadenada, su cláusula tan sinfónica, rica y ordenada, su información literaria tan completa, su dominio de la estilística tan ejemplar, que, sin llegar a la hipérbole, bien podemos afirmar que en él alienta un digno discípulo de Menéndez y Pelayo, de Miguel Antonio Caro, de Antonio Gómez Restrepo y de Dámaso Alonso.

No concluyo este aparte, sin advertir que Mesa escribió para este acto de hoy un ensayo sobre la tan apasionante materia de la "**Novela Picaresca de España**", páginas que, a petición de la dirección de la Academia, cambió por el examen de la personalidad y la obra de Félix Restrepo. Seguramente en la revista "**Thesaurus**", del Instituto Caro y Cuervo, podemos pronto conocer ese trabajo, que tiene que ser alta cátedra del pensamiento y la expresión.

A lo largo de estas divagaciones, he venido apostillando las actividades de Mesa en revistas y periódicos. Agregó que fue redactor de la publicación humanística "**Palestra Latina**", en España; y allí mismo director, de 1953 a 1964, de "**Vida Religiosa**", especializada para gente conventual. Hoy dirige en Medellín la "**Revista de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica**", y es primer vicepresidente de tal corporación. En el diario "**El Colombiano**", de la misma capital antioqueña, escribe con frecuencia.

Una de sus más cultivadas características literarias es la de historiador.

Se acercan al centenar sus colaboraciones de tal naturaleza en diversas publicaciones periódicas; entre sus libros y folletos de esta índole, además de la obra sobre su tío Jesús Aníbal, ya citado, voy a permitirte enumerar las siguientes: **"La Asunción en los ascetas clásicos del siglo de oro"** (26 páginas, Madrid, 1947), **"La Inmaculada en los auctores marianos españoles"** (54 páginas, Roma, 1957). **"La Madre Laura y su obra misional"** (24 páginas, Madrid, 1960), **"La mujer que buscaba a los indios"** (112 páginas, Madrid, 1962), **"Dieron testimonio"** (68 páginas, Madrid, 1963), **"Heraldos del Corazón de María"** (450 páginas, Madrid, 1963), **"Música, misionera y contemplativa"** (232 páginas, Madrid, 1963), **"Juana de Matel, mística y fundadora"** (236 páginas, Madrid, 1964), **"Pedro de Betancur, el hombre que fue caridad"** (330 páginas, Madrid, 1964), **"Espíritu y mística misional de la Madre Laura Montoya"** (56 páginas, Medellín, 1965). En estos días, con motivo del bicentenario de F. A. Zea, ha escrito una oración panegírica sobre el prócer.

Si hubiera tiempo, trataría de exponeros algunos conceptos sobre varias de estas investigaciones, demostradoras del antioqueñísimo espíritu de creación, del ponderado juicio crítico y de los dones estilísticos de Mesa. Me limitaré a informar que los opúsculos sobre la Madre Laura, de alma y pluma comparables a las de la mística de Avila, según le he oído afirmar a Mesa, que ha estudiado muy a fondo la obra y los escritos de esta antioqueña portentosa, son apenas anticipos de la biografía extensa que viene preparando sobre ella, desde que intervino como examinador en el ya muy adelantado proceso de beatificación de esta fundadora.

También sostendré que por la vivacidad de la narración en **Pedro de Betancur**, y por el aliento de aliviadora poesía y de ascensional mística que orea todos los capítulos de **Jesús Aníbal** y de **Música, misionera y contemplativa**, son ellas mis páginas preferidas entre tantas y tan bellas de este fecundo hagiógrafo.

Me queda por acotar que, como profesor de humanidades y editor, el Padre Mesa cuenta en su bibliografía con estos volúmenes: **"La conjuración de Catilina"** (82 páginas, Barcelona, 1943 y 1951), **"Viñetas históricas de Tito Livio"** (134 páginas, Barcelona, 1944), **"Tito Livio, Libro primero"** (200 páginas, Madrid, 1960). Este postrer tomo, hecho en colaboración con su hermano de Orden P. J. Jiménez Delgado, contiene una sintética y guiadora introducción así como unos sutilísimos comentarios gramaticales, históricos y estilísticos. Por último, nuestro compañero editó en Madrid, 1960, y prologó las **"Cartas misionales"**, de la tan admirada Madre Laura, única obra que conozco de la santa andariega de Dios, como, a imitación de lo aplicado a Santa Teresa, se puede afirmar de la antioqueña; son páginas que se leen con agrado por la fluidez y amenidad y sobre todo por la límpida sinceridad apostólica. Otro gran esfuerzo suyo es **"Juan XXIII y la vida religiosa"**, Introducción y recopilación (370 páginas, Madrid, 1963).

En un artículo que el 30 del pasado octubre publicó Mesa en **"El Colombiano"** sobre el nonagenario Maestro Azorín, al confesar su afecto por el singularísimo prosador alicantino, nos deja ver, por otro

lado, las más destellantes virtudes de su propio estilo. Ante todo, el riguroso y limpio **Orden** en el desarrollo del pensamiento y en la estructuración de la obra; luego la **Elegancia**, o sea la eliminación o aminoración de superfluidades, y el consiguiente destacamiento de lo sustancial; en seguida, la **Claridad**, esa deidad que para Fray Luis de León se confundía con la armonía y la dulzura misma; en cuarto lugar, la **Precisión**, que implica el conocimiento, completo hasta lo humanamente posible, del idioma, de su léxico y su sintaxis. En esta calidad los verdaderos artistas de la palabra saben ser discípulos de Horacio, cuando —en la parte aquella de su “**Epístola ad Pisones**” que empieza “**In verbis etiam tenuis cautusque serendis**”— aconseja la sabia armonización del neologismo necesario y bien formado con el arcaísmo bello y expresivo. Carlos E. Mesa, como Azorín, en estos predios sigue con maestría la lección del latino. Como quinta de las virtudes de que trata el artículo comentado, viene una sutil dosis de **Poesía**. Sin duda, sin esta emanación divina, llegada misteriosamente al espíritu del escritor, puede haber páginas de ciencia, pero no de arte. Las mejores prosas del mundo, como las de Platón, Cicerón, Cervantes, Shakespeare, Goethe, Papini, Pasternak, están envueltas en un irrompible y dulce velo de serena poesía. Las últimas calidades que seducen a Mesa en Azorín, y que son calidades suyas también, se llaman **Fluidez** y **Sencillez**, que no están en pugna, según erradamente creen algunos, con el **Pulimento**, que —sin llevarlo a las exageraciones pedidas por el vate venusino— es también don de inmortalidad para el letrado.

En nada puedo aumentar lo sabiamente expuesto por Mesa sobre el llorado Maestro Félix Restrepo, Director de esta Academia desde 1955 hasta el día de su muerte (16 de diciembre de 1965) y miembro de número, como antes se anotó, desde octubre de 1933, autor de este edificio en que nos hallamos congregados y, por encima de todo, restaurador del prestigio de ella, la cual, gracias, a su indiscutible sabiduría e inabatable voluntad, volvió a los días de Caro, Suárez y Carrasquilla, y se consagró, según afirmación común hoy en la Real Academia Española, como uno de los más activos y acatados centros de su género en el mundo hispanohablante.

El maestro del idioma, el perfecto sacerdote, el amigo generoso de todos los momentos, el escritor tan fulgurante como medular, el adamantino hombre de carácter, el orador sagrado y académico, el crítico literario en cuyo haber hay incomparables ensayos de ciencia y poesía como el dedicado a Diego Fallon, el filósofo y científico de “**Entre el tiempo y la eternidad**” y “**Diálogos en otros mundos**”, el patriota, el forjador de personalidades, el creador de establecimientos de cultura, el apóstol del pueblo, todo lo estudió con emoción y verdad el Padre Mesa.

Solo quiso dejar un poco en la penumbra el aspecto del político en Félix Restrepo, y no porque la materia, tal como la entendió y practicó el inmortal jesuita, no sea bien comprendida por el hijo dilecto de la Orden Claretiana, benemérita de la Religión, de Colombia y de las Humanidades, a imitación de la Milicia de Loyola. Lo hizo para de-

jarme a mí, que he tenido que combinar muy contra mi gusto el ejercicio de la política con mi afición a la literatura, algo para comentar en torno de quien fue mi venerable Rector en la Universidad Javeriana, mi acertado consejero, mi confortador oportuno, mi defensor desinteresado, mi afable superior en esta Academia, mi bondadoso padre en el espíritu de Dios y de la patria.

Disonaría en este ámbito el término “político”, si lo usara en sentido sectario; pero no si se presenta como faceta del patriotismo, a la usanza de Félix Restrepo.

Cuando en 1938 ingresó él en la Academia Colombiana de Jurisprudencia, leyó un discurso, documentado, lúcido, valeroso y presagioso (usando este vocablo en su mejor sentido) o “porvenirista”, cómo quizás sería lícito decir, en el que sostuvo que el sistema corporativo, aplicado según la doctrina católica, era contrario al totalitarismo y constituía una solución democrática al problema social y a la organización racional del Estado. En la Universidad Javeriana dio una orientación corporativista, a la luz de las enseñanzas de Pío XI, a la formación de abogados y economistas, pues desde sus tiempos esta carrera que hoy entre nosotros aparece como novedad (la de economista) fue una de las que se cursaron en aquellos claustros. Los días han pasado, los sistemas se han desfigurado, los nombres se han sustituido; pero lo cierto es que en Europa y en América, ya se apliquen en mínima parte o en su casi totalidad, las medidas del corporativismo, bautizadas por Juan XXIII como fenómenos de una aceptable “socialización” —utilizada esta palabra, al menos en la traducción española— están sirviendo para suavizar la pugna de las sectas y para incorporar en la vida estatal realidades naturales como las del trabajo económico y la cultura, cuyas necesidades merecen soluciones justas, lo mismo que las de las regiones y las agrupaciones políticas.

Sin duda, Félix Restrepo podía penetrar como sociólogo y estadista en las cerrazones del futuro.

“El gran drama de la humanidad” se denomina la conferencia con que Restrepo inició en 1951 un ciclo de exposiciones por la Radio-difusora Nacional, bajo el nombre general de “Colombia en la Encrucijada”. Se considera este ensayo como una exposición política; lo es, mas en algunos puntos, en cuanto la política es una manifestación de la vida del hombre en la sociedad. Pero tales páginas son mucho más; son, a la manera de San Agustín o de Bossuet, una interpretación de la historia, como “catástrofe, expiación, reconciliación, restauración y triunfo”, situando a la creatura frente al Creador. Son las de Restrepo, palabras de tragedia y de himno, de lucha y de fe, de esperanza y de victoria. La humanidad se salvará, nuestra patria llegará al bien, porque la promesa definitiva es la anunciada así por San Pablo: “Todas las cosas puso el Padre bajo el poder de Cristo... y Cristo, sumiso al Padre, las vuelve todas a El, *ut sit Deus omnia in omnibus*, para que sea Dios todo en todas las cosas”.

Este gran Félix Restrepo, S. J., era humanista y profeta, hijo fidelísimo de la Iglesia e hijo amantísimo de Colombia. Desde el cielo siga a todos alumbrándonos!

Académico Carlos Eduardo Mesa:

Un humorista español dijo alguna vez que la "Academia" era un edificio sobre el que muchos lanzaban piedras con la intención aparente de romper cristales y la premeditada, de ver, si por tal procedimiento, conseguían que les abrieran la puerta. Hoy en nuestro país, como en todas partes, abundan quienes pretenden hacerse importantes vertiendo agravios sobre las instituciones tradicionales. Los delirios antiacadémicos del inmenso Darío son para los intonso banderín de mejor vida. Pero, como el mismo Rubén lo dijo, en estado de lucidez:

Pasó una piedra que lanzó una honda;
pasó una flecha que aguzó un violento.
La piedra de la honda fue a la onda,
y la flecha del odio fuese al viento.

La virtud está en ser tranquilo y fuerte;
con el fuego interior todo se abrasa;
se triunfa del rencor y de la muerte,
y hacia Belén, la caravana pasa!

A usted, la Academia Colombiana le ha abierto las puertas por la abundantísima y excelentísima cosecha de sus huertos interiores. Venga a entusiasmarlos para el trabajo glorificador, con aquellos acentos con que Solón arrebató a los suyos:

De Salamina vengo, la envidiable,
y este lugar en vuestra junta ocupo
para cantaros deleitables versos.

Que, como de la de Suárez y Restrepo, de su vida también pueda, Padre Mesa, pregonarse siempre con voces virgilianas: **Sic itur ad astra!**